La persecución de los creyentes

La historia de los primeros creyentes del Islam refleja una época de intensa oposición y sacrificio. Las personas que abrazaron la nueva fe enfrentaron la hostilidad de su entorno. Convertirse al Islam implicaba perder privilegios, relaciones familiares y seguridad personal, lo que convirtió la fe en una prueba de resistencia moral.

Los politeístas impedían que la gente escuchara el Corán y la llamada al Islam por todos los medios posibles. Expulsaban a las personas, provocaban disturbios, hacían ruido, cantaban y realizaban juegos cuando veían al Profeta (la paz sea con él) predicando, rezando o recitando el Corán. Por ello, el Profeta no pudo recitar abiertamente el Corán en sus reuniones públicas hasta finales del quinto año de la profecía, y solo lo lograba sorprendiéndolos sin que advirtieran sus intenciones antes de comenzar.

Abu Ÿahl, al enterarse de que alguien de estatus social se convertía al Islam, lo reprendía, lo amenazaba con arruinar su

riqueza si era influyente, o lo golpeaba y azuzaba contra él a los necios si era débil. El tío de Uthman bin Affan lo envolvió en una estera de hojas de palma y la incendió debajo de él. La madre de Musab bin Umair, al saber de su conversión, le negó comida y agua, expulsándolo de su hogar. Musab, acostumbrado a una vida cómoda, terminó con la piel áspera y el cuerpo debilitado por la pobreza. Bilal, esclavo de Umayya bin Jalaf, sufría atrozmente: le colocaban una cuerda en el cuello para que los niños lo arrastraran por las montañas, lo golpeaban con palos, lo exponían al sol abrasador y lo sometían a hambre. En los momentos de mayor calor, lo tendían sobre arena ardiente, colocaban una pesada roca en su pecho y le decían: «No te liberaremos hasta que renuncies a Muhammad y adores a Al-Lat y Al-Uzza». Pero Bilal solo respondía: «¡Uno, Único (Dios)!». Finalmente, Abu Bakr lo compró y lo liberó.

Ante esta situación, las respuestas de los creyentes fueron diversas: algunos mantuvieron su fe con firmeza pese a la presión, otros debieron aparentar renuncia por sobrevivir, y muchos hallaron consuelo en la solidaridad de sus hermanos de creencia. Abu Bakr As-Siddiq destacó especialmente por su generosidad,

al liberar a quienes eran perseguidos, movido únicamente por el deseo de agradar a Al-láh. Este ejemplo simboliza la importancia de la compasión y la ayuda mutua dentro de la comunidad.

El Islam exime de culpa a quien sea forzado a negar su fe, siempre que su corazón permanezca firme, introduciendo así una profunda lección moral: Al-láh valora la intención y la sinceridad interior por encima de las apariencias. Al-láh dice en el Corán:

“Quienes renieguen de la fe en Al-láh por haber sido forzados a ello, permaneciendo sus corazones tranquilos [y firmes] en la fe [no serán reprochados]; pero quienes lo hagan y se complazcan con la incredulidad, incurrirán en la ira de Al-láh y tendrán un castigo terrible, porque prefirieron la vida mundanal a la otra. Al-láh no guía al pueblo incrédulo”.

(Corán: 16: 106 y 107)

Estos hechos nos enseñan que la fe auténtica no se mide por las palabras, sino por la convicción interior y las acciones que reflejan compasión, firmeza y búsqueda del bien. La historia de los primeros musulmanes sigue recordándonos que las

transformaciones profundas exigen valor, solidaridad y esperanza en los momentos más difíciles.

La persecución escaló de las burlas y el boicot económico a la tortura física y la marginación social. Los conversos de tribus menos poderosas y los esclavos eran los más vulnerables, sufriendo atrocidades inimaginables. En medio de aquel ambiente hostil, el Profeta Muhammad (la paz sea con él) buscó una forma de proteger a sus seguidores y fortalecer su fe sin exponerse a los peligros de los opresores. Con este propósito, eligió un lugar seguro y apartado: la Casa del *Arqam*, para reunirse con los creyentes y practicar su religión con tranquilidad.

La Casa del *Arqam*:

Esta casa, ubicada en las faldas del monte *Safa*, estaba lejos de la mirada de los opresores y sus centros de reunión. El Profeta (la paz sea con él) la eligió para reunirse en secreto con los musulmanes. Allí, les recitaba los versículos del Corán, les enseñaba los preceptos del Islam, y les permitía practicar su fe y realizar sus actos de adoración en seguridad. También servía

como refugio para quienes abrazaban el Islam sin que los enemigos de la fe lo descubrieran.

La mayoría de los compañeros ocultaban su conversión, sus prácticas religiosas y sus reuniones. Sin embargo, el Profeta (la paz sea con él) continuaba proclamando abiertamente el mensaje y adorando a Al-láh entre los politeístas, sin que nada lo detuviera. Aun así, se reunía en secreto con los creyentes para protegerlos.